

U

libros

Poesía en movimiento (México, 1915-1966), selecciones y notas de Octavio Paz, Alí Chumacero, José Emilio Pacheco y Homero Aridjis, prólogo de Octavio Paz, México, Siglo XXI Editores, S. A., 1966.

Poco frecuente es un trabajo mancomunado como el que realizaron Octavio Paz, Alí Chumacero, José Emilio Pacheco y Homero Aridjis en este libro que acaba de salir de las prensas de Siglo XXI Editores. Los cuatro se apresuran a advertir que no es una antología y tampoco nosotros nos atreveríamos a darle ese nombre. ¿Qué es, pues? Se nos antoja que la reunión de textos de cuarenta y dos poetas que abarcan la producción de medio siglo de poesía mexicana quiere ser un estudio *sui generis* —remachado por un soberbio prólogo de Octavio Paz que navega del juicio crítico al juego crítico—, casi puramente muestrario, de los vientos y corrientes que surcan el territorio mexicano y penetran y juguetean por entre las plumas y teclados de nuestros escritores. Cuarenta y dos poetas no son muchos poetas para tan largos años, y un libro de quinientas páginas no es demasiado voluminoso si queremos remontarnos a Tablada y regresar sobre *poesía en movimiento* hasta los jóvenes de ahora. Un estudio, pues, de las vanguardias que han impulsado a los poetas y de los poetas que las han creado. Un es-

tudio que empieza en el año 1966 y va remontándose en el tiempo a través de obras y poemas solitarios hasta alcanzar la cúspide inquieta de principios de siglo: José Juan Tablada. Desde los *haikais* y caligramas hasta los variados poemas de un Aridjis, un Mondragón, un Pacheco o una *Espiga Amotinada*. Los autores —en sus propias palabras— se propusieron rescatar, “con los poemas —en verso y en prosa— de las distintas generaciones aquí representadas, los instantes en que la poesía, además de ser franca expresión artística, es búsqueda, mutación y no simple aceptación de la herencia”. Así explican la notoria ausencia de nombres famosos de la poesía y la inclusión de otros cuyas aportaciones han sido más importantes en otros campos, pero a quienes no se puede negar la capacidad poética aun dentro de la prosa: maestros de generaciones han sido y el reconocimiento de todos por ello es total. Así, ahí están Julio Torri y Juan José Arreola, junto a los poemas en prosa de Gilberto Owen, Octavio Paz y los de los más jóvenes, Pacheco y Aridjis. Por otra parte, se incluyen también dos poetas nacidos en España, aunque de formación absolutamente mexicana. Los dos han contribuido también al acervo cultural de México y éste los ha conformado: Tomás Segovia y Manuel Durán. El siglo xx nos proporciona así un camino de lucha, el camino que lleva a la polémica, a la búsqueda de sí mismo y a la negación de sí mismo. Veamos lo que dice Octavio Paz en el prólogo: “Si el criterio de nacionalidad me parece insuficiente, ¿qué decir del prejuicio de la modernidad? Escribo prejuicio porque convengo en que lo es. Ahora



que es un prejuicio inseparable de nuestro ser mismo: la modernidad, desde hace cien años, es nuestro estilo. Es el estilo universal. Querer ser moderno parece locura: estamos condenados a serlo, ya que el futuro y el pasado nos están vedados. Pero la modernidad no consiste en resignarse a vivir este ahora fantasma que llamamos siglo xx. La modernidad es una decisión, un deseo de no ser como los que nos antecedieron y un querer ser el comienzo de otro tiempo.” Por eso la selección empieza con el más joven, premisa del querer ser presente —después futuro y antepasado— y termina con el más viejo, ambición del querer ser pasado. Así, la vista del lector recorre los tiempos hacia atrás y puede descubrir primero lo que está en uno que viene del otro y lo que está en el otro que viene del de más allá. Pero, también, lo que no está en nadie más que en uno y que así inicia algo que estará o está ya en otro. Los que niegan el pasado como los ultraístas y los que se sirven de la tradición para despegar con nuevas formas, todos proclaman una estética nueva. “La tradición también es un invento de la modernidad.”

¿Por qué no es este libro una antología? Veamos lo que nos quiere explicar el prologuista: “La crítica afirma casi siempre que las obras permanecen; aunque la visión de un crítico sea distinta de la de otro crítico, el paisaje que contemplan es el mismo. Este libro es inspirado por una idea distinta: el paisaje también cambia, las obras no son nunca las mismas, los lectores son igualmente autores. Las obras que nos apasionan son aquellas que se transforman indefinidamente; los poemas que amamos son mecanismos de significaciones sucesivas —una arquitectura que sin cesar se deshace y se rehace, un organismo en perpetua rotación.”

Poesía en movimiento. Pellicer, Villaurrutia y Novo como “consecuencia natural de la poesía de los jóvenes”. Tablada o Gorostiza desde la perspectiva de Montes de Oca o de Aridjis. Así va tra-



mándose un pasado desde un presente en movimiento.

El libro está dividido en cuatro partes: desde los jóvenes hasta los más viejos: Torri, Reyes, López Velarde y Tablada. La primera, pues, es de los jóvenes. La segunda parte incluye los poetas de una época dispersa. Los poetas que en ella figuran son poetas de madurez, no de juventud. La tercera es una parte más homogénea. Con la excepción de José Gorostiza, los poetas incluidos lograron su obra en la juventud. Y la cuarta incluye los cuatro nombres citados antes. Torri, el de los poemas en prosa. Reyes, cuyo espíritu aventurero sólo se revela en algunas de sus obras. López Velarde, el poeta de la tradición, que lo es también de la novedad. Tablada, un tráfuga del modernismo. Así resume Octavio Paz la actitud asumida y justifica las omisiones e inclusiones en su prólogo.

La selección, cuidada y estudiada a través de acuerdos y desacuerdos, disenciones y asentimientos, cambios y más cambios, permite aventurar que, no es definitiva. Quizá nos adelantemos demasiado, pero ¿no afirma el propio Paz que todo es cambio? Será cuestión de ir atesorando las sucesivas ediciones que el libro irá mereciendo y observar después cómo los lectores que son Paz, Chumacero, Pacheco y Aridjis conjugan con los poetas que son Octavio, Alí, José Emilio y Homero.

—Martín Villanueva